

**CAMPAÑA CRISTIANA**  
**CONTRA LA CORRUPCIÓN Y EL DESEMPLEO**

**CUENTO SALVADOREÑO**

**Alfredo Medrano**

Autor:

**José Alfredo Medrano Medrano**

Impreso en El Salvador por:

**Imprenta “Santísima Madre de Dios”**

Santa Rosa de Lima

El Salvador, Centro América

E-mail: [alfredo.medrano@elsalvador.com](mailto:alfredo.medrano@elsalvador.com)

Tel. 2641-2933

Primera edición: Agosto 2004

Derechos reservados conforme a la propiedad intelectual.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra  
sin el consentimiento del autor.

## CUENTO SALVADOREÑO

*No alabes nunca a un hombre por su buen parecer,  
ni abomines a nadie por su aspecto.*

Eclesiástico 11, 1

Hace algún tiempo sucedió. Fue cuando aún vivían nuestros padres y abuelos y muchos compatriotas más, cuando en nuestro pueblo se trabajaba más o menos en paz, como en cualquier otro pueblo de nuestro país.

En aquella época, la gente trabajaba mucho y vivía mal, y querían trabajar más para vivir mejor, pero no tenían madera para hacer sus artesanías.

Hacía falta madera, y en nuestra tierra no había árboles que cortar. Y sin árboles no había madera, y sin madera no se podía trabajar más. El pueblo estaba condenado a vivir mal.

De repente, un día, llegó al pueblo, un joven, de un país lejano, que venía de recorrer otros países, de allá, después de los mares, y reunió al pueblo, y le dijo, señalando con el dedo: *“Amigos, ahí está un árbol. Hay que cortarlo, para trabajar más”*.

Toda la gente miró hacia adelante, y la gente del pueblo no vio ningún árbol, y exclamaron al mismo tiempo: *“Amigo, ahí no hay ningún árbol”*.

Y él contestó: “*Sí, sí, ahí está ese árbol. Levanten la cabeza, y véanlo*”.

La gente del pueblo levantó la cabeza, miraron, y le dijeron: “*Hay muchas nubes, no vemos ningún árbol*”.

Y él les dijo: “*Ese árbol, que está ahí, tiene mucha madera, más madera de la que hace falta aquí para trabajar. Yo iré a cortarla, y la traeré para todos*”.

Y el pueblo no dijo nada, y aunque necesitaba la madera, para trabajar más, como no veía ningún árbol, no se movió.

El joven del país lejano se fue más allá de nuestros cerros, y regresó con un poco de madera para su casa. El trabajó su madera, y de repente se marchó del pueblo.

La gente del pueblo dijo: “*Nuestro amigo tenía razón. Detrás de esos cerros está el árbol que necesitamos*”.

Se reunió la gente, comenzaron a caminar, cruzaron los cerros, y encontraron el árbol. Las esperanzas de poder trabajar y vivir mejor se hicieron realidad. Ahí estaba la madera, ofreciéndose para quienes la quisieran trabajar.

La gente del pueblo nunca había visto aquel árbol. Era enorme. Muchísimo mayor y hermoso que cualquier árbol se pueda imaginar.

No se sabe cómo fue, pero la gente del pueblo supo que aquel hermoso árbol se llamaba: *Solidaridad*.

La gente del pueblo sacó sus hachas, y se prepararon para comenzar a cortar el hermoso árbol de buena madera.

Cuando estaban a punto de dar el primer hachazo, en ese momento, de repente, se presentó el joven del país lejano, y dijo:

*“Ese árbol es mío. Yo lo vi primero. No quiero que lo toquen. Olvídense de que existe.”*

La gente del pueblo le respondió: *“Sí, tú le viste primero, pero nosotros lo necesitamos. Aquí hay madera para ti y para nosotros. Ese árbol, al igual que tú y que nosotros, existe. Tú nos dijiste dónde estaba.”*

Y ahí, hace años, más allá de nuestros cerros, entre quienes un día se habían llamado amigos, se armó una discusión, sobre aquel hermoso árbol, que se llamaba Solidaridad.

La discusión duró muchos años. Y, mientras tanto, la gente del pueblo cogió sus hachas, y comenzaron a cortar el árbol, para poder obtener la madera que necesitaban.

Las hachas trabajaban. Las llagas eran muchas, y cada vez más profundas. Era un trabajo duro. Se vivía a la intemperie, bajo la sombra de aquel gran árbol. Y así, poco a poco, hachazo a hachazo, la primera brecha se fue abriendo en aquel hermoso árbol, que se llamaba Solidaridad.

Las astillas del árbol, arrancadas a cada hachazo, la gente las trajo al pueblo. Con las astillas comenzaron a hacer artesanías. La gente del pueblo no perdía el tiempo, ni ninguna astilla de aquel hermoso árbol, que se llamaba Solidaridad.

La gente del pueblo, para poder trabajar, tenía que hacer el segundo corte al hermoso árbol, que se llamaba Solidaridad.

Camínaron mucho tiempo, alrededor del gran árbol, hasta llegar al punto exacto donde tenían que clavar las hachas, para hacer el segundo corte, y poder llevar la madera al pueblo, para trabajar más y vivir mejor.

Todas las hachas estaban listas para trabajar. Ninguna hacha se movió. Era imposible. Ahí, de pie, inerte, justo donde tenían que trabajar las hachas, estaba el joven de un país lejano, que un día llegó al pueblo, y que otro día se marchó.

La gente del pueblo se sentó, pacientemente, bajo la sombra de aquel hermoso árbol, frente a aquel joven, al que el pueblo un día había llamado amigo. Todos, al mismo tiempo, dijeron: *“No podemos cortarlo. No podemos obligarle a que se quite. Respetémosle. Si fue amigo aquel día, es amigo este día.”*

Y esperaron a que el joven amigo se apartara del árbol, para cortar donde hacía falta, para llevar el árbol al pueblo, y poder trabajar todas las artesanías que se necesitaban.

El joven amigo no se apartaba. Las necesidades del pueblo crecían. Las necesidades en nuestro pueblo, y en otros pueblos, crecían. Las necesidades del pueblo, y de otros pueblos como el nuestro, crecían. Crecían. Crecían. Crecían.

Las necesidades crecían. La espera se estaba prolongando demasiado, y el joven amigo no se movía, de donde las hachas tenían que trabajar.

Y el pueblo, un día, cansado de tanto esperar, se levantó, y le dijo:

*“Tú has visto de cerca las inmensas necesidades de nuestra gente. Tú has oído en nuestras casas el sonido sordo del metal de la muerte. Tú has bailado en nuestros poblados la danza imparable de nuestra tierra. Tú sabes cuanto nos gusta y cuanto nos urge trabajar. Por favor, viejo amigo, trabaja con nosotros, y te harás artesano. Tus ojos aprenderán a ver dentro de las rocas, como si minero fueras en las entrañas de los cerros. Tus manos*

*aprenderán a labrar el campo, y tu estómago se alegrará con la lluvia y con la cosecha que se levanta. Nunca estarás solo, aun cuando te encuentres viajando dentro de ti. Tus oídos oirán lo que tú quieras oír. Tus pies te llevarán donde tú quieras ir. Olfatearás con ternura el espíritu de la buena voluntad. Tu cuerpo no temerá el fuego ni la oscuridad. No tendrás frío ni sed. Tu palabra será testimonio de Fe, para otros como tú y como nosotros, especialmente para aquellos que aun creyendo tienen miedo. Tu corazón, nuestro corazón, y el corazón de este hermoso árbol, que se llama Solidaridad, te lo agradecerán.”*

Y gracias a Dios, el joven venido de lejos, nuestro viejo amigo, comprendió lo que le dijo el pueblo. El mismo buscó la más afilada entre todas aquellas hachas que estaban dispuestas, y, como si por magia hubiera sido, al nomás tocar su mano el madero del hacha, el árbol crujió, y el hermoso árbol de la Solidaridad se tendió sobre la tierra.

¡Qué día aquel! No existirán nunca palabras para describir con fidelidad aquel día. Sin más, las llagas de la piel desgarrada desaparecieron milagrosamente. Y así, todos, agarrados de las manos, y con los brazos cruzados sobre el pecho, rezaron el Padrenuestro y cantaron el Himno a la Alegría, dando gracias al Todopoderoso, nuestro Señor, por la reconciliación que había regalado a su pueblo.

Así rezó la gente de nuestro pueblo aquel jubiloso día:

*”Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que*

*nos ofenden, no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal.  
Amén.”*

Y nuestro cuento no tiene fin, porque la gente del pueblo seguirá viviendo y contando su propio cuento...

***¡ Desde El Salvador, para todo el mundo !***